

ABRIL

Miriam Muñoz Maqueda



LETRAS DE AUTOR

© Miriam Muñoz Maqueda

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Yudi Vargas

Diseño de la cubierta: Marta Andrés - @iammartaandres

Primera edición: julio 2017

ISBN: 978-84-17101-46-6

Depósito Legal: M-xxx

P.V.P.: 13 '95 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Dedicado a:

Ti. Porque como tú, somos muchas. Nadie nos dijo que fuera fácil,
pero vale la pena intentarlo.
Abril.

Ella. La mujer más maravillosa, fuerte y valiente
que he conocido nunca.
Mi madre.

Él. El hombre que me necesita porque
me quiere y no me quiere porque me necesita.
Alberto.

Nosotras. A todas y cada una de las chicas que me forma.
Be, Lu, Ana, Consuelo, Carla, Marta, Silvia, María, Eva, Esther,
Amparo, Vero, Laura, Alexandra, Adela, Barbara, Bea...

Vosotros. A mis chicos, por darme momentos inolvidables
y años de felicidad.
Fer, Jesús, Ismael, David, Javi, Fernando, Nando, Alex,
Adrián, Javi, Pepo...

Ellos. A todos los valientes que se quieren y valoran, sin importarles
lo que diga la gente.
En especial a: Fede, Hugo, J. Perales y Víctor.

Ellas. A todas, porque me dais la vida y las ganas de vivirla.
Las personas.

A ti Lucas, porque sé que algún día vivirás tu vida
como quieras vivirla.

INDICE

1 ABRIL.....	9
2 JUNIO	11
3 SEPTIEMBRE.....	45
4 MARZO	87
5 NOVIEMBRE	133
6 ENERO	159
7 OCTUBRE	179
8 AGOSTO	201
9 DICIEMBRE	213
10 JULIO	233
11 MAYO	257
12 FEBRERO	273
ABRIL	287
FIN	290
Agradecimientos	291

1

ABRIL

Mmm... ¿ya? ¡Está bien!
Su piel es morena, su cara fresca y jovial con una expresividad, a veces, con vida propia. No siempre su cara refleja lo que ella piensa pero en ocasiones lo expresa tan transparentemente que siente quedarse desnuda.

Su frente es estrecha y lisa con una pequeña mueca en el centro. De orejas pequeñas y siempre adornadas con unos diminutos aros dorados. Unas piernas infinitas, sus labios son delineados y de pequeño tamaño. Ojos grandes, color miel con un brillo ensordecedor, pelo largo y rudo color café, nariz fina y una sonrisa peculiarmente atractiva.

Sus manos son largas, o como su madre le decía constantemente, propias de un pianista. Sus huesos son muy marcados pero sin dejar de tener un aspecto saludable, se notaba que le gustaba ser delgada, se sentía bien siendo así.

Viste de forma común y lleva consigo la moda de manera discreta, le gustan los pequeños detalles —que no pasan desapercibidos—

y las prendas antiguas con las que su madre le sorprende de vez en cuando. Emprendedora, soñadora y vital.

Le gusta absorber todo lo que lee, las películas de amor y cualquier diversión. Muy cabezota y a veces sincera de más.

Por cierto, lo olvidaba, su corazón es tan grande y transparente que es lo primero que se percibe al verla. Humana y natural.

Si hablamos de números, tiene 25 años, mide 1,75 cm y por ahora más de doscientas páginas que compartir contigo.

Su nombre: Abril.

2

JUNIO

Era un martes de junio siete años atrás. El buen tiempo había llegado y empezaban los exámenes de mi primer curso de Publicidad en la universidad. Durante la época de exámenes estudiaba por la noche y dormía desde la madrugada hasta el mediodía. Una de las cosas que me preocupaba del próximo curso era volver a vivir con mis padres y tener que desplazarme cada día desde mi pequeña ciudad para asistir a clase.

El hecho de vivir en la ciudad durante el curso era un lujo que me permitía disfrutar de los maravillosos paisajes y rincones que ésta ponía a mi disposición durante mis ratos libres. Vivía en el centro, por lo que todo estaba a mi alcance. Si parecía estar fuera de él, como el campus o la playa, no dudaba en coger mi bici y acercarme a descubrir lo que aquello me podía ofrecer. Cualquier momento era bueno para salir a despejarme y conocer algún nuevo lugar con los compañeros de clase, o de compras por la zona del bulvar con mis compañeras de piso. Podía estudiar en bibliotecas con moqueta para evitar el ruido de los pasos, llenas de ganas de retenerlo todo en el menor tiempo posible, y vacías de las distracciones que habitan en cualquier hogar. Sobre todo, me ahorrraba tener que desplazarme todos los días una hora y media entre tren y autobús para asistir a clase.

Mis padres estaban dispuestos a consentirme todo esto sólo si aprovechaba el tiempo, lo que se vería reflejado en los resultados a final del período de exámenes, es decir, me jugaba mucho en los próximos treinta días.

Ese día había estado, como las últimas tardes, en la biblioteca que había cerca de casa. Había quedado con Hugo y Lucas para cenar y estudiar en el piso donde yo vivía aprovechando que Martina y Carlota —mis compañeras de piso y amigas desde la infancia— no iban a estar esa noche, de manera que no les iba a molestar. Hugo y yo habíamos hecho buenas migas desde mitad de curso. Me había pasado casi todo el año retraída, relacionándome sólo con mis dos amigas de la Carrera Berta y Blanca, pero siempre he sido muy extrovertida, por lo que únicamente me hicieron falta un par de cenas de clase para empezar a labrar una amistad con algunos de los chicos de ésta.

Hugo sabía bastantes cosas de mí. Le contaba mis inquietudes, eso que solía preocuparnos a las chicas de diecinueve años y llamábamos problemas. Él me contaba los suyos. Pasábamos horas hablando, y siempre se le veía entusiasmado al enseñarme cualquier sitio que tuviera algo diferente en aquella ciudad. Era en apariencia un chico de ciudad: delgado, moreno de piel, cabello oscuro y muy alto. Aunque nunca lo vi con esos ojos, he de reconocer que resultaba atractivo. La relación con Lucas era totalmente diferente. Era el único chico de la clase en el que me había fijado físicamente porque el resto de las chicas no paraban de decir que era uno de los más guapos, aunque para mi gusto le faltaba un palmo de altura. El chico tenía un cuerpo perfecto y bien definido, su pelo claro contrastaba con su color de piel oscurecida por el sol que parecía nunca dejar de tomar. Su cara con sonrisa perfecta y pestañas largas desprendía una picardía que

resultaba difícil pasar por alto. Lucas y yo no éramos mucho de contarnos problemas hasta entonces, pero nos unía alguna que otra afición y gustos que para mi sorpresa eran muy similares.

Acabamos de comernos la exquisita cena que Hugo había preparado. Le encantaba cocinar. Resultaba increíble la soltura con la que se desenvolvía en cualquier cocina. En realidad era increíble la facilidad que tenía de hacerse con cualquier lugar a los pocos minutos de haber estado allí por primera vez. Esto era algo que a Carlota no le hacía ninguna gracia por cuanto suponía que en nuestro piso un extraño invadiera su espacio vital. Como ella misma decía, Hugo no era santo de su devoción. Con cualquier cosa siempre conseguía cocinar algo nuevo o ya conocido realmente bueno. Esa noche preparó ensalada con frutos secos, pechuga y una salsa agridulce, algo para mí, hasta entonces, nuevo. Me sorprendió gratamente la mezcla de sabores que estallaban en mi paladar a cada porción que tomaba. Recuerdo que hacía tiempo que la comida no llamaba mi atención. En los últimos tiempos ha-bía perdido el apetito y comía muy poco, pero esa cena de tres jóvenes —acompañada de postre de chocolate, té, sobremesa de risas y ganas de conocerse más— nos daría fuerza para afrontar la larga noche de estudio que se aproximaba. Al empezar a recoger la mesa sonó el teléfono fijo que estaba apoyado sobre una pequeña nevera entre los dos sofás que había en la sala que estaba separada de la cocina, con gracia, por una barra americana.

Me dirigí hasta el teléfono con ganas de descolgarlo, sabía que era Jorge, mi novio. Llevábamos tres años juntos, y aunque el último no había sido nada fácil por mi reciente cambio de ciudad, los otros dos años habían sido increíblemente buenos. Yo luchaba por hacer resurgir durante los fines de semana que volvía a casa de mis padres aquella magia que sentíamos cuando estábamos

juntos. Me negaba a ver todo lo negativo que había descubierto de él y que no conocía hasta que la distancia lo dejó ver.

Aún así todos los días cogía el teléfono con la esperanza de que al colgar, sonreiría y pensaría haber tenido una conversación agradable. Como las de antes.

—¿Diga? —pregunté risueña, ya sabía que era él.

La conversación iba bien, me contaba lo que había hecho durante el día, su vida era, aunque agradable, bastante monótona. Seguidamente me preguntó qué había hecho yo, no me dio tiempo contestar cuando las voces de Hugo y Lucas, riendo sobre algo que estaban viendo en su ordenador, debieron llegar al otro lado del auricular.

—¿Quién es? —preguntó enfadado—. Conocía muy bien, desde hace ya algunos meses, ese tono de voz.

—Jorge, son Hugo y Lucas. Hemos cenado aquí y en un rato vamos a empezar a estudiar.

—¿Es necesario que sólo estén chicos? ¿Ahora se llama estudiar a golfear?

Mi rostro iba cambiando de expresión mientras él continuaba vertiendo acusaciones fuera de lugar, que no son agradables de recordar. La conversación iba a acabar como solían acabar nuestras conversaciones últimamente, llenas de desconfianza basada en nada más que suposiciones muy alejadas de la realidad. Pero esta vez había a tan solo unos pasos dos personas que no tenían por qué ser testigos de algo tan desagradable, por lo que me avergoncé más que de costumbre y tomé mayor conciencia de lo que estaba sucediendo.

Cuando creí que había acabado de hablar lo único que se me ocurrió decir fue:

—Adiós, un beso —dije con el mejor tono posible para que Hugo y Lucas continuaran, sin percatarse, con el ordenador. Y colgué. No me apetecía reprocharle nada, y volver a decirle que eso que hacía era lo último que necesitaba en estos momentos, que no tenía el por qué desconfiar de mí y que lo quería. Aunque realmente al que yo quería era al Jorge de antes, y el de ahora se lo estaba cargando poco a poco.

Con las fuerzas que encontré me levante del sofá, pero antes me aseguré de poner la mejor sonrisa para olvidar lo que acababa de pasar lo más rápido posible. Me esperaba una noche, de estudio, muy larga.

Me dirigí a la mesa de la cocina donde estaban, aún ajenos a lo que acababa de pasar, Hugo y Lucas.

—¿Qué miráis? ¿A qué vienen esas risas? —intenté disimular interesándome por lo que les había hecho reír.

—Mira. —Hugo giro el ordenador dejando que viera una foto de internet increíblemente graciosa de un hombre. Con la que me eché, forzosamente, a reír. Al parecer había conseguido con éxito distraerlos de todo lo que estaba sucediendo dentro de mí.

—Y a ti, ¿qué te pasa? ¿quién era?

¿Por qué me preguntaba qué me pasa seguido de quién era? ¿Tanto se me notaba? Me froté los ojos con disimulo, sin dejar de sonreír, por si era el brillo en ellos lo que me delataba y justo cuando creí que podría articular palabra para seguir disimulado, me vine abajo.

—Nada —conseguí decir antes de levantarme para ir rápido al baño y poder encerrarme en él, para poder encerrarme en mí misma y dejar caer libres las lágrimas que golpeaban con fuerza mis ojos desde que había colgado el teléfono.

Cuando me encontré mejor me lavé la cara y traté de tener el mejor aspecto posible. Habían sido cinco minutos de soledad, cortos pero necesarios. Volví al comedor y encontré a Hugo y Lucas en silencio, bastante preocupados y creí que era necesario decirles algo.

—No os preocupéis —les dije sonriendo— era mi novio.

Y mientras dije la palabra algo apretó mi corazón causándome un terrible dolor que nunca antes había sentido.

—Pero ya estoy bien —respondí con una sonrisa.

No me gustaba hablar de los problemas con mi novio, porque sabía que se iban a solucionar y no me gustaba estar cambiando de opinión constantemente. Eso podía reflejar mi inseguridad y podía dejar al descubierto esa inmadurez que demostraba tener al querer seguir con esa relación que se estaba convirtiendo en la clase de relación que yo misma había odiado y un día me prometí no tener. No me daba cuenta de que por mucho que intentara disimular, la única a la que le disimulaba la realidad era a mí. Hugo me miró, me agarró fuerte la mano y apretándola dijo:

—Eso espero.

Él sabía que no estaba bien, pero decidió respetar mi elección de quedarme en silencio. La manera más sutil, sin duda, de expresarme todo el cariño que podía tenerme en tan poco tiempo. Noté a Lucas nervioso y sin saber muy bien qué decir, sólo me miró y me dedicó una tímida y agradable sonrisa transmitiéndome toda la confianza que un gesto así puede transmitir. Le devolví la sonrisa y le agradecí, silenciosamente, la suya. Me levanté de la silla para coger mis apuntes y así romper la tensión de la situación. Lo más despreocupada posible les dije:

—¡Va! O empezamos a estudiar o se nos hará tardísimo.

Las horas, aunque fugaces, resultaron extensas y dieron para terminar los temas que habíamos programado estudiar, repasar los que ya nos sabíamos y poner en común dudas e intentar resolverlas. Todo amenizado por momentos de risas o silencios y miradas de no entender nada. Algo estaba claro, formábamos un gran equipo y allí entre varios temas de la asignatura de publicidad, Técnicas de investigación, estaba surgiendo una bonita amistad.

Cerramos los libros, pero tanto Redbull nos había despejado a los tres y la bolsa de m&m's —que siempre solíamos acabarnos Hugo y yo— contenía más de la mitad de deliciosos cacahuetes cubiertos de colorido chocolate.

—¿Vemos una peli? —preguntó Hugo entusiasmado.

Y haciendo sonar los cacahuetes que quedaban en la bolsa empezó a tentarme con su expresión de “no pasará nada por despejarnos un rato”. Él sabía que era débil a esa expresión por lo que a menudo la dejaba escapar para convencerme de pasar buenos ratos.

Colocó mi ordenador encima de la mesita de la sala y preparó la película. Esa era otra de las cosas que me gustaban de Hugo, tenía mucha vitalidad y cualquier plan —propuesto o no por él— lo llevaba a cabo con el mayor de los entusiasmos. La película la elegimos entre los tres, bueno realmente entre ellos dos. Yo no tenía ganas de ver películas de amor y dejé la elección en sus manos, ellos seguro que elegían una de acción o alguna comedia que nos hiciera reír.

Me acomodé, tras pedir permiso, en el sofá más pequeño y les dejé a ellos dos el otro. Antes de empezar la película recordé que mi madre había añadido a las bolsas de la compra para la semana una caja con varios paquetes de palomitas de maíz. A Carlota le encantaba tener palomitas de maíz en casa y mi madre lo sabía. Así que me levanté a preparar una bolsa, las repartí en dos recipientes y ya estuvimos listos para darle al play.

No me había equivocado, la película era de coches, detectives y mucha acción, y aunque tenía una trama entretenida no puede evitar ir cerrando los ojos poco a poco hasta dejarme abrazar por Morfeo. Había sido un día agotador lleno de emociones pues según parece, las malas son las que más cansan. Además, el cansancio acumulado de largas noches de estudio empezaba a hacer mella.

Me despertó un hilo finísimo de sol que entraba a través de las persianas —no totalmente bajadas— de los grandes ventanales de la sala de estar. Estaba cubierta con la sabana de mi cama, pero seguía en el sofá. Tardé en recordar por qué estaba allí, pero al ver mi cuenco de palomitas aun lleno en el suelo, donde yo lo había dejado, supuse que Hugo y Lucas habían acabado de ver la película mientras yo me había dormido a mitad. Me levanté y me dirigí hacia mi habitación, quería saber qué hora era y recordaba haber dejado mi móvil en la mesita de noche. Antes de llegar a mi habitación me llamó la atención una nota sujeta con un imán en la nevera. Era la letra de Lucas:

“Buenos días dormilona, son casi las siete de la mañana. Hugo y yo nos vamos ya a casa, esta tarde hablamos para quedar para estudiar o para que nos hagas un resumen de la película. Hemos visto que te ha gustado mucho. No te hemos querido despertar para que descansaras. Un beso.”

Me sorprendió que la idea de haberme escrito una nota hubiera sido de Lucas. Además de la letra, lo delataba ese ligero tono irónico que a menudo solía utilizar. Parecía muy poco detallista en esas cosas, como cualquier chico de esa edad. Aunque si hubiera sido Hugo, he de reconocer que no me hubiera sorprendido tanto. Aún así recuerdo que esas palabras me arrancaron una sonrisa silenciosa, la cual se desvaneció al recordar la conversación con Jorge la noche anterior.

* * *

Me preparé algo rápido de comer, eran casi las tres de la tarde y tenía que ducharme, quería llamarlo para tener una conversación con él y estar lista a las cinco para ir a la biblioteca que había justo a dos minutos de casa. No había quedado con nadie pero me gustaba ponerme horarios y no romperlos para sentir que aprovechaba al máximo mi tiempo.

Fue una ducha rápida pero reparadora. El sofá había dejado mi espalda un poco dolorida y necesitaba la presión del agua cayendo sobre ella para poder calmarla un poco. Salí de la ducha y me dirigí a mi habitación que estaba justo en frente.

En el piso había tres habitaciones. Una de ellas era inmensa; con dos armarios, un balcón y su propio cuarto de baño de tamaño considerable, con todos los accesorios que un cuarto de baño